

Domingo 20: El Espíritu Santo

Pregunta y Respuesta 53

Lectura: Juan 14:15-31

Salterios:

Primero: 348:1,2

Segundo: 60:1,3,5

Tercero: 389:1,3-5

Cuarto: 202:2

Último: 204:2,4

Querida congregación,

En la Biblia leemos acerca del trono de Dios y también del trono de Cristo, el trono del Cordero. Sin embargo, en ningún lugar leemos acerca del trono del Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Santa Trinidad. ¿Por qué es así? ¡Porque el Espíritu Santo ha elegido los corazones de los pecadores como Su trono! ¿No es eso una maravilla? ¡Aquel para quien ningún trono es lo suficientemente digno, le agrada tomar el corazón pecaminoso de un hombre y hacer de él Su templo!

Por lo tanto, hay esperanza para criaturas profundamente caídas. Le agrada al Padre y al Hijo venir a un corazón pecaminoso y morar allí por el poder del Espíritu Santo. En Juan 14, el pasaje de la Palabra de Dios que acabamos de leer, el Señor Jesús dice: *“Si alguno me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”* (Juan 14:23). ¡Oh, piensen en ello! ¡El Dios Trino morando en el corazón de los seres humanos!

¿Se puede decir lo mismo de usted también, mi oyente? No puede vivir sin ello. Ore por ese precioso Espíritu y pídale que venga a su corazón para convertirlo en una morada para Él. Entonces, su corazón se convertirá en Su trono, y Él hará nuevas todas las cosas. Que el Señor le enseñe a orar *por* el Espíritu *para* el Espíritu. Y que nos ayude a todos a entender lo que leemos en el Catecismo de Heidelberg, Domingo 20, Pregunta y Respuesta 53.

Pregunta 53: ¿Qué crees del Espíritu Santo?

Respuesta: Que con el eterno Padre e Hijo es verdadero y eterno Dios. Y que viene a morar en mí para que, por la verdadera fe, me haga participante de Cristo y de todos Sus beneficios, me consuele y quede conmigo eternamente.

El Domingo 20 habla de:

El Espíritu Santo

1. La gloria de Su Persona
2. La necesidad de Su don
3. El consuelo de Su obra

Es el Espíritu Santo quien viene al primer plano en el Domingo 20. Consideremos, en primer lugar, la gloria de Su Persona. Leemos aquí que “con el eterno Padre e Hijo es verdadero y eterno Dios”. En segundo lugar, consideramos la necesidad de Su don: “que viene a morar en mí”.¹ Y entonces, finalmente, el consuelo de Su obra: “para que, por la verdadera fe, me haga participante de Cristo y de todos Sus beneficios, me consuele y quede conmigo eternamente”.

Congregación, nuestro Catecismo no dice mucho acerca del Espíritu Santo. Solo se destina una pregunta a Él y a Su obra: la Pregunta 53 en el Domingo 20. Eso no es mucho. Sin embargo, eso no nos debería sorprender, dado que el Espíritu Santo no se pone a sí mismo en el centro. A veces es denominado el Obrero silencioso en el fondo. Él ha venido para glorificar a Cristo, como podemos leer en Juan 16:13-14: *“Pero cuando venga aquel, el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber”*. Él es el Obrero silencioso que está en el fondo.

En las Escrituras, el Espíritu Santo a veces es comparado con el rocío que cae de noche después de un día cálido. El Señor dice: *“Yo seré a Israel como rocío”* (Oseas 14:5). Usted no puede escuchar al rocío caer. Desciende mientras dormimos y no hace ruido. Sin embargo, el rocío es indispensable, especialmente en un clima árido. Aporta humedad y hace la tierra fértil. Sin embargo, eso ocurre en silencio. Lo mismo sucede con la obra del Espíritu Santo. Leemos de Lidia que el Señor abrió su corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía (Hechos 16:14). Tal vez los demás no lo vieron; sin embargo, el Espíritu Santo hizo Su obra de una manera silenciosa y poderosa.

Así es también hoy. El Espíritu Santo redarguye de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). Él hace espacio para Cristo y lo glorifica en el corazón de un pecador perdido. Hace Su obra de tal manera que Dios es exaltado hasta lo más alto y el hombre humillado hasta lo más profundo. Él hace al Mediador necesario, precioso e idóneo. Lo hace, sin embargo, de tal manera que no Él, sino Cristo, recibe toda la honra y la gloria. El Espíritu Santo no pide atención para sí mismo. Es por eso que el Domingo 20 es tan corto, aunque profundo y rico en contenido.

¹ El autor resume este pensamiento bajo “La necesidad de Su don”, dado que en la traducción en inglés del Catecismo de Heidelberg, se lee esta frase “Que también me es dado” en lugar de “Y que viene a morar en mí”.

Primer pensamiento. La gloria de Su Persona.

Consideremos, en primer lugar, la gloria de Su Persona. Congregación, el Espíritu Santo es *una Persona*. ¿Nos damos cuenta de ello? Nuestro Catecismo dice: “Que con el eterno Padre e Hijo es verdadero y eterno Dios”. Él no es un poder, sino *una Persona*. Cuando la Biblia fue traducida al idioma de los Izi en Nigeria, esto resultó ser un obstáculo. El idioma Izi tiene solo dos palabras para “espíritu”. Una de ellas denota el espíritu de alguien que ha fallecido, por lo que no podía utilizarse, ya que daría la impresión de que el Espíritu Santo es el espíritu de una persona difunta. La otra palabra para “espíritu” significaba, en realidad, “aliento” o “viento”. Los traductores se preguntaban si esta sería una traducción correcta de “Espíritu Santo”. ¿Es Él una especie de aliento santo? ¿Es una especie de viento santo? Si conocemos un poco nuestra Biblia, nos damos cuenta de que Él es mucho más que todo ello. Es una Persona; para ser más precisos, Él es la Tercera Persona de la bendita Trinidad.

Los Testigos de Jehová hablan del Espíritu Santo como si solo fuera un poder. Escriben Su Nombre con minúsculas. En su traducción de la Biblia, no utilizan mayúsculas, sino minúsculas, al encontrar Su Nombre. Según ellos, el Espíritu Santo no es Dios mismo, sino solo un poder que proviene de Dios. Nuestro Catecismo, sin embargo, lo declara claramente: “Que con el eterno Padre e Hijo es verdadero y eterno Dios”. ¡Eso se basa firmemente en la Palabra de Dios!

Los atributos que en la Biblia se adjudican al Espíritu Santo solo pueden adjudicados a personas vivas. En Hechos 13, por ejemplo, leemos que el Espíritu Santo *habló*. Cuando la congregación de Antioquía se había reunido para orar, Él dijo: “*Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado*” (Hechos 13:2). Solo una persona puede hablar. De Juan 16 aprendemos que Él no habla de sí mismo sino que *guía* a toda verdad. Él *enseña* e *instruye*. En otros lugares, leemos que el Espíritu Santo *escudriña* lo profundo de Dios y *distribuye* dones a quienes Él *quiere*. Sí, según Efesios 4:30, Él incluso puede ser contristado. No podemos contristar a un poder; solo podemos contristar a una persona viva. Así que el Espíritu Santo es una Persona.

Además, Él es una Persona *divina*. Es bueno reflexionar en esto porque, en general, no pensamos mucho en ello. Sí, al estar reunidos para un servicio o una reunión, oramos por la guía del Espíritu Santo. Pero, ¿entendemos qué estamos orando? ¿Nos damos cuenta de que el Espíritu Santo es Dios mismo? Podemos utilizar palabras de una manera tan ligera. Cada vez que nos reunimos bajo la verdad, es el Espíritu de Dios quien habla a las iglesias. Cada vez que abrimos la Biblia, necesitamos que el Espíritu Santo nos dé luz de lo alto. Necesitamos a aquella Persona que no es cualquier persona, sino una Persona divina: la Tercera Persona de la Santa Trinidad.

Otra prueba de ello es la historia de Ananías y Safira, dos miembros de la iglesia en Jerusalén después del día de Pentecostés. Hechos 5 nos dice que ellos mintieron al Espíritu Santo. Llevaron

el precio de la posesión que habían vendido y lo *“puso a los pies de los apóstoles”* (Hechos 5:2). Entonces Pedro dijo: *“Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no quedaba para ti?, y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios”* (Hechos 5:3-4). ¿Lo escuchan? Evidentemente, no hay ninguna diferencia entre mentir a Dios y mentir al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es Dios mismo. Podemos oírlo cuando los niños o adultos son bautizados en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. En esas palabras, las tres Personas de la Deidad son puestas en un mismo nivel. Reciben igual honor. Así como el Padre es Dios y el Hijo es Dios, el Espíritu Santo también es Dios. También lo oímos antes de volver a nuestro hogar al final de un servicio. En ese momento, se pronuncia una bendición sobre la congregación con las palabras del apóstol: *“La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén”* (2 Corintios 13:14). Así, el Espíritu Santo es verdadero Dios.

Nuestro Catecismo dice que Él es verdadero y eterno Dios, *con* el Padre y el Hijo. Aquí, nuestro Catecismo no dice que Él es Dios *tal como* el Padre y el Hijo. Eso ya ha sido probado en el Domingo 8. En el Domingo 20, dice que Él es Dios *“con el eterno Padre e Hijo”*. Dicho con reverencia: *“Dios no está completo sin el Espíritu Santo”*. Existe una santa unidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. También hay una obra conjunta de estas tres Personas. Dentro de la Trinidad, hay una santa cooperación.

El Espíritu de Dios es divino. Su *Persona* es divina y Su *obra* es divina. Él inspiró a los escritores de la Palabra de Dios. Él preparó un cuerpo para el Salvador cuando nació en el cumplimiento del tiempo. Él también cooperó en crear el universo. Cuando Dios creó el cielo y la tierra, el Espíritu Santo se movía sobre la superficie de las aguas. Él se involucró en la obra creadora de Dios y la completó. Podemos decir que este es el oficio peculiar del Espíritu Santo: Él completa la obra de Dios y la lleva a la belleza y a su plenitud. Asimismo, Él sostiene la creación de Dios. El poeta del Salmo 104 dice: *“Envías tu Espíritu, son creados y renuevas la faz de la tierra”* (Salmo 104:30). ¿Cuándo ocurre eso? ¡En la primavera! Cuando todo está floreciendo y brotando, podemos verlo de nuevo. Es obra del Espíritu Santo renovar la faz de la tierra. Él sostiene y revitaliza la creación de Dios, y la lleva a la belleza y la perfección.

No solo lo realiza en la creación, sino también en la nueva creación. Lo hace tiernamente en el ámbito de la naturaleza, pero aún más tiernamente en el ámbito de la gracia. Él corona y sella la obra de la gracia de Dios para que la hija de Sion resplandezca con hermosura celestial. Él renueva lo que ha sido manchado y arruinado por nosotros en Adán. Su obra preferida es regenerar el corazón de un pecador muerto, conquistarlo, inclinarlo y revelarle su suciedad y corrupción, para que el pecador comience a aborrecerse a sí mismo. Pero también hace que la

vida espiritual brote y crezca. Él lleva al pecador a Cristo y hace que Sion se deleite en la luz del Sol de justicia.

Congregación, esta es la obra peculiar del Espíritu Santo en el ámbito de la gracia: preparar a la novia de Cristo para el día de su boda, cuando ella será guiada del desierto de este mundo al palacio de su Esposo celestial, vestida con ropas blancas lavadas en la sangre del Cordero. ¡Oh, esa obra del Espíritu de Dios es tan tierna, tan divina! Sí, es el Espíritu Santo quien traerá a la existencia un nuevo cielo y una nueva tierra. Él lleva la obra de la gracia a su perfección en el siglo venidero. En el principio, Dios el Padre creó este mundo; el Viernes Santo, Dios el Hijo redimió un mundo caído; pero en el último día, Dios el Espíritu Santo lo convertirá en un templo para la gloria de Dios. Él completa y embellece la obra de Dios.

Cuando los cielos y la tierra fueron creados, Dios pudo reposar de Su obra. Podemos llamar a esto el sábado *del Padre*.² Cuando Jesús murió en la cruz, la salvación fue consumada. Él clamó: “Consumado es” (Juan 19:30). Podemos llamar a esto el sábado *del Hijo*. El Señor Jesús pudo reposar. Él pudo regresar al Padre y sentarse a Su diestra. Eso inauguró el sábado del Hijo. Lo que aún está por venir es el sábado *del Espíritu Santo*. Al apóstol Juan le fue dado ver algo de ello en la isla de Patmos. En Apocalipsis 21, el penúltimo capítulo de las Sagradas Escrituras, Juan escuchó una voz del cielo decir: “Hecho está” (versículo 6). Cuando esta dispensación llegue a su fin, el sábado del Espíritu Santo comenzará. Entonces, la gloria de Su Persona será vista en todo su resplandor. Esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. La necesidad de Su don.

Congregación, al hablar de la gloria de la Persona del Espíritu Santo, ¿por qué ponemos tanto énfasis en Su deidad? ¿Por qué comienza el Domingo 20 con las palabras: “que con el eterno Padre e Hijo es verdadero y eterno Dios”? Es porque ninguno de nosotros puede ser salvo sin ese Espíritu divino. Ni un solo pecador jamás vendría a la vida espiritual si el Espíritu Santo no fuera una Persona divina, capaz de vivificarlo de la tumba del pecado y la corrupción. ¿O no es eso verdad? ¿No es necesaria una doble maravilla para ser salvo? ¿No hay una necesidad doble? En primer lugar, Cristo tenía que ser entregado en el cumplimiento del tiempo. El Salvador tuvo que ser puesto en el pesebre de Belén y clavado a la cruz del Calvario. Aun así, todo habría sido en vano si el Espíritu Santo no fuera dado también. Él debe ser dado a nosotros personalmente para renovar nuestros corazones.

² Nota del traductor: Aquí, y en las referencias que siguen, *sábado* equivale a *día de reposo* en español, y no necesariamente al día séptimo de la semana. En inglés, existen dos palabras que pueden traducirse sábado en español: “Saturday”, que es el día séptimo en la semana, y “Sabbath”, que es una alusión a la palabra hebrea y quiere decir “día de reposo”. Aquí el autor utiliza “Sabbath” haciendo referencia al *día de reposo*. Por eso, muchos escritores y predicadores también llaman al día domingo el “Sabbath” (para el Nuevo Testamento) en inglés.

Hay personas que dicen que *nosotros* debemos hacer esto y que *podemos* hacerlo por nosotros mismos. Los “arminianos” o “remonstrantes” creen en un supuesto libre albedrío del hombre. Ellos sostienen que el hombre no está muerto, sino más bien enfermo; que el hombre no es un enemigo de Dios, sino más bien una criatura bien dispuesta y débil que necesita un poco de ayuda. Sin embargo, ¿qué dice la Escritura? En Efesios 2, Pablo escribe: “Y él os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (versículo 1). No enfermos, sino muertos. El hombre por naturaleza está muerto, totalmente muerto, espiritualmente muerto. En Romanos 8:7, el apóstol retrata al hombre como una criatura obstinada y con una mente carnal. Él dice: “por cuanto la intención de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede”. ¿Lo escuchamos? El hombre es incapaz y reacio. El Señor Jesús dijo: “y no queréis venir a mí, para que tengáis vida” (Juan 5:40). El Espíritu de Dios debe venir con poder irresistible para regenerarnos y atraernos, para conquistar nuestro corazón e inclinarlo hacia el Señor.

En el *Compendio*, el cual es un resumen de nuestro Catecismo y que puede encontrarse atrás en nuestro Salterio, se plantea la pregunta: “¿Qué crees del Espíritu Santo?” La respuesta dice: “Que con el Eterno Padre e Hijo, es verdadero y eterno Dios, y que Él, dado a mí del Padre por Cristo, me regenera y me guía a toda la verdad, me consuela, y queda conmigo” (*Compendio*, Pregunta 39). Esa es una respuesta hermosa. Contiene casi más instrucción que el original en este asunto. La primera cosa que el Espíritu Santo hace, según el *Compendio*, es esta: “me regenera”. Luego, Él “me guía a toda la verdad, me consuela y queda conmigo”. No hay nada acerca de un libre albedrío aquí; todo se trata de libre *gracia*. El Catecismo no proclama una criatura dispuesta, sino un Dios dispuesto, un Dios de gran misericordia y poder.

Hay otros que admitirán que la gracia es, en efecto, una gracia conquistadora, al menos cuando se les pregunta al respecto, pero aun así dan la impresión de que intentan encontrar un punto intermedio. Tales personas son aún más peligrosas porque no difunden su error de manera abierta. Dicen aceptar lo que el Catecismo dice acerca del Espíritu Santo, pero, en realidad, Él no tiene lugar en sus palabras ni en su vida. Congregación, tengamos en cuenta que el hombre, si alguna vez ha de inclinarse ante Dios y venir humildemente a Cristo, necesita una poderosa obra del Espíritu divino en Su ministerio salvador. La regeneración es obra de Dios. No es obra del hombre, sino una obra todopoderosa de la gracia soberana de Dios. No es como el agua siendo convertida en vino, sino que, más bien, significa que un corazón de piedra es cambiado a un corazón de carne y un lobo se convierte en un cordero. Es una obra divina. Por eso ponemos tanto énfasis en la deidad del Espíritu Santo. Esa obra divina es necesaria para cada uno de nosotros.

¿Alguna vez se preguntan si esa maravilla aún es posible en sus vidas? Ciertamente, sigue siendo posible para la más rebelde, reacia e incapaz de todas las criaturas. El Señor puede quebrantar el corazón más duro. Por medio del profeta Ezequiel, Él dice: “Y esparciré sobre vosotros agua

limpia y seréis limpios de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Y os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y guardéis mis decretos y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:25-27). Rueguen al Señor por un nuevo corazón, niños y niñas. Pídanle que abra su corazón para mostrarles cuán sucio es y para lavarlo con la sangre de Cristo. No, no lo merecemos. Cuando el Señor lo hace, es por gracia soberana, por amor a Jesús. Él dice: *“No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre”* (Ezequiel 36:22).

Búsquenlo en el lugar donde puede ser hallado: en la Palabra de Dios y en la casa de Dios, el taller del Espíritu Santo. No lo busquen en lugares de ociosidad. Si hacen eso, están provocando a Dios, tentándolo a retirar las luchas de Su Espíritu de ustedes y a entregarlos al endurecimiento de su propio corazón. Vengan con su corazón de piedra, con su aversión y su hostilidad. Quizá digan: “Siento odio y enemistad en mi corazón”. Bueno, tales son las personas que el Señor busca. Piensen en Manasés. Piensen en Pablo. Rueguen al Señor que les dé lo que no desean tener y que les quite lo que no quieren perder. Suplíquenle que los haga tan felices como lo es Su pueblo.

¿Son felices los hijos de Dios? Sí, lo son. Escuchen a uno de ellos en el Domingo 20. Con asombro, él puede confesar del Espíritu Santo: “Él viene a morar en mí”. ¡Oh, tan solo imaginenlo! Aquí, un hijo de Dios puede decir: “¡Ese bendito Espíritu, Aquel que con el eterno Padre e Hijo es verdadero y eterno Dios, me ha sido dado *a mí* y está morando en mi corazón!” ¡Qué maravilla! Es una gran maravilla que este Espíritu haya sido dado a Rut la moabita, una maravilla aún mayor que haya sido dado a Rahab la ramera, pero la mayor maravilla es cuando usted puede decir: “Ese Espíritu también me ha sido dado a mí”.

¿Pueden repetir esas palabras en verdad, congregación? Eso es lo que importa, ¿no es cierto? Quizá usted pregunte: “¿Cómo puede uno saberlo? ¿Cómo puedo yo estar seguro de ello?” ¿Recuerda lo que fue dicho hace poco? El Espíritu Santo no *añade* algo a la obra de Cristo, sino que hace *espacio* para Su obra y Persona. Básicamente, Él hace dos cosas, ambas mencionadas en Juan 16. Él convence de pecado y glorifica a Cristo. Él humilla al pecador hasta el polvo, pero también exalta al Señor Jesús tan alto que resplandece en toda Su hermosura, en Su idoneidad, en Su preciosidad, en Su todo-suficiencia y en Su disposición para salvar al más miserable hijo de Adán. Él hace que el pecador sea totalmente pobre y luego le muestra los tesoros de Cristo. Esa es la obra del Espíritu Santo. Él revela el pecado y une al pecador con Cristo por medio de una fe viva.

El consuelo del que escuchamos en el Domingo 20 no sería nunca un consuelo si el alma no sintiera ninguna tristeza por el pecado y si no hubiera ningún anhelo interno, ninguna necesidad de comunión con Dios. Es por eso que el Espíritu Santo siempre comienza Su obra mostrando el

corazón, abriendo la herida, abriendo la brecha, yendo a la raíz de nuestra naturaleza corrupta. Sí, eso es doloroso, pero también es provechoso. Es necesario que el Espíritu de Dios sea dado de esa manera. Nunca creeremos que somos pecadores a menos que se nos *haga* creer que lo somos.

¿Y entonces, cuando usted *ha* llegado a ser un pecador delante de Dios...? ¡Entonces no puede creer que haya misericordia para usted! Martín Lutero una vez dijo que, al inicio, no podía —y no quería— creer que era un pecador. Nada ni nadie lo pudo llevar a ese punto. Sin embargo, cuando el Señor abrió sus ojos y lo convenció de que no era nada más que un pecador perdido y digno de condenación, entonces hubo algo más que Martín Lutero no podía creer: que había gracia para una criatura tan indigna. ¡Oh, no lo podía creer! ¡No lo podía ver!

¿Lo entienden? Puede haber momentos en que usted cree que todo el mundo puede ser salvo menos usted mismo. Es para otros; es para el pueblo de Dios; es para el vecino que vive al lado suyo. Usted cree que es posible para ellos, pero dice: “Yo he pecado tan gravemente; mi culpa llega desde la tierra hasta el cielo. Todo me acusa, y la ley de Dios está en mi contra. He hecho lo que está prohibido y he fallado en hacer lo que el Señor ha requerido. ¿Cómo podré ser salvo?”

¡Cuán grande es, pobre alma, que haya un Espíritu divino que no hace una obra a medias, sino que cumple perfectamente lo que Él ha comenzado! El Espíritu de Cristo establece el vínculo con Cristo. Eso es lo que encontramos en el Domingo 20. Dice: “Viene a morar en mí para que, por la verdadera fe, me haga participante de Cristo y de todos Sus beneficios”. El Espíritu *procede* de Cristo y *guía* hacia Cristo. Él pone un vínculo inquebrantable por medio de la fe —una fe *verdadera*.

Esa pequeña palabra nos muestra que también hay una fe *falsa*. Una fe que no lleva el sello del Espíritu Santo. Hay quienes dicen: “Un ministro no debería hablar demasiado acerca de ello porque, al hacerlo, las personas comienzan a sentirse inseguras y pueden terminar con muchas dudas”. Sin embargo, nuestro Catecismo *sí* habla de ello, y la Palabra de Dios también habla de ello. Hay una fe verdadera y una fe falsa. Quizá usted pregunte: “¿Qué es la verdadera fe?” Es aquella fe que le hace sentirse tan pobre, tan perdido, tan vil en su propia estimación que ya no puede estar sin Cristo. Entonces, Él se convierte en su única esperanza y en su más profundo deseo.

Por esa fe, el Espíritu Santo le hace partícipe “de Cristo y de todos Sus beneficios”. Noten el orden: “Cristo y Sus beneficios”. No lo inviertan. ¿Qué pensarían de una joven que solo se casa con un hombre porque es rico y espera compartir su fortuna? ¿Sería ese un buen matrimonio? ¡Por supuesto que no! ¿O qué pensarían de un esposo que solo tiene interés en los *hijos* de su esposa o en la *obra* que ella hace para él? ¡Pobre hombre, pobre mujer! Lo mismo se aplica al matrimonio espiritual entre Dios y Su pueblo, entre Cristo y Su iglesia. ¿Será ese matrimonio

alguna vez un matrimonio infeliz? ¿Terminará en una amarga desilusión? ¡No, mil veces no! El Espíritu de Cristo se asegurará de que sea un matrimonio cercano e inquebrantable. Él guardará el vínculo que ya fue puesto en la tranquilidad de la eternidad, el vínculo que los unirá y que los preservará juntos. *Cristo* es más que Sus *beneficios*. Cristo se convierte en todo en sus vidas, y ellos se convierten en un gran cero. Cristo se convierte en todo, y ellos en nada. Eso es algo que el Espíritu Santo les enseña, pues Él es Aquel que es mayor que Eliezer.³

Jóvenes, sabemos que Eliezer fue enviado por Abraham, su amo, para encontrar una esposa para Isaac. Eliezer viajó hasta Mesopotamia, donde encontró a Rebeca. ¿Cómo inclinó su corazón? Él le *habló* y le *mostró* algo. Habló bien de su maestro. Recomendó a Isaac. Pero hizo algo más también: le mostró los tesoros de Isaac. Presentó los ornamentos, esos hermosos regalos que había llevado consigo, y los puso delante de Rebeca. Entonces, su corazón fue movido a ir y conocerlo como su esposo. Cuando se le preguntó: “¿Irás con este hombre?”, ella respondió: “Sí, iré”. Ya no podía esperar a conocer a ese hombre rico, aunque aún no le era conocido. Nunca lo había visto antes, pero su corazón fue ganado por él. ¿Cuál fue su deseo principal? ¿Los tesoros de Isaac? No, su deseo era conocer a Isaac y convertirse en su esposa. No quería quedarse donde estaba. No puso esos tesoros en su bolsillo diciendo: “Tengo suficiente”. Ella se fue. Fue la elección de su corazón ir a conocer a Isaac y convertirse en su esposa.

Así es también con los pecadores preocupados que no pueden quedarse sin el Esposo, Jesús. Oh, hay momentos en que escuchan algo de Aquel que es mayor que Isaac y ven algo de Sus tesoros. Tan a menudo dicen: “No lo conozco. Es una Persona tan escondida para mí”. Pero el Espíritu Santo los señala a Cristo. Él habla del Esposo y les muestra Sus tesoros, Sus méritos, Su amor y Su gloria. Él toca sus corazones y los mueve a ir. Al mismo tiempo, los hace cada vez más pobres, para que no les quede otra opción sino ir y encontrar a Cristo o perecer. Al perder toda esperanza en sí mismos, son impulsados a clamar a Él por misericordia. Así es como salen a Su encuentro.

¿Por qué no vuelven, a pesar de todas sus objeciones y los muchos obstáculos en el camino? ¿Por qué siguen clamando al Señor? Es porque el Espíritu Santo los atrae con cuerdas de amor. Él ha encendido en sus corazones un amor maravilloso por Aquel que es mayor que Isaac. Es el Espíritu quien forma ese lazo y atrae sus corazones tras Él. Eso les hace clamar: “¡Oh, si tan solo pudiera encontrarlo! ¡Oh, sería el día más bendito de mi vida si tan solo Dios fuera mi Dios, si tan solo Cristo fuera mi Salvador! Entonces, no tendría nada más que desear fuera de Él en el cielo o en la tierra”. ¿Es también el lenguaje de su corazón? Es la única cosa necesaria. Cantemos de eso en el Salterio 202, estrofa 2.

* * * * *

³ El autor hace una alusión a Eliezer, mayordomo de Abraham, en su tarea de traer a Rebeca a Isaac como un tipo del Espíritu Santo (Génesis 24).

Tercer pensamiento. El consuelo de Su obra.

Deseamos decir algunas cosas acerca de nuestro último punto: el consuelo de Su obra. La respuesta a la Pregunta 53 dice que el Espíritu Santo es dado “para que, por la verdadera fe, me haga participante de Cristo y de todos Sus beneficios, me consuele y quede conmigo eternamente.” Ese es el consuelo de Su obra, un consuelo que es indispensable. Aquellos que temen al Señor pueden estar tan profundamente afligidos por el pecado; sí, también por las *consecuencias* del pecado, pero sobre todo por *el pecado mismo*. Pueden estar tan afligidos por su naturaleza deshonrosa para con Dios y tan dominados por su poder que no sienten ningún valor para acercarse a Dios. Entonces dicen: “Oh, ¿cómo puede ser que un Dios tan santo mire con misericordia a una criatura tan pecaminosa? ¿Cómo podrán estos dos unirse alguna vez?”

La respuesta se da en el Domingo 20. Es el Espíritu Santo quien da un ojo de fe para mirar a Cristo como el único Mediador, para que Él se vuelva precioso e idóneo para nosotros. ¡Oh, ese perfecto Salvador es precisamente Aquel que necesito en mi pecado y desesperanza! Es también el Espíritu quien lleva al ejercicio de esa fe para que yo pueda huir a Él como la Fuente abierta contra el pecado. Entonces se convierte en mi clamor: “*Señor, si quisieres, puedes limpiarme*” (Mateo 8:2). Es el mismo Espíritu de Dios quien me une con Cristo para que mi vida esté escondida por medio de Cristo en Dios. ¡Oh, qué maravilla es eso: ser partícipe de Él y de todos Sus beneficios!

El Espíritu Santo revela *los beneficios de Cristo*. En los anteriores Domingos, hemos escuchado cuáles son esos beneficios. Hemos oído acerca de Sus nombres, de Sus estados y de Sus oficios. También hemos oído acerca de esos gloriosos hechos de salvación: que el Hijo de Dios se hizo hombre y vivió aquí en la tierra, que murió en la cruz y resucitó de la tumba, y que ascendió a Su Padre para sentarse allí a la diestra de Dios. Esos son los beneficios de Cristo. El pueblo de Dios necesita al Espíritu de Dios para que estos tesoros sean revelados cada vez más y para que estos beneficios sean aplicados a su alma. Hay aún tanto que aprender.

El Espíritu de Cristo *consuela* a los hijos de Dios en sus aflicciones. Cuando carecen de coraje y fuerza, Él los levanta y perfecciona Su poder en la debilidad. Él los sostiene cuando están cargados de cruces pesadas. Es llamado “el Consolador”. ¡Ah, el pueblo de Dios es tan rico! Tienen un Abogado a la diestra de Dios que ora *por ellos* —Jesucristo, el Justo—, pero también tienen un Abogado aquí en la tierra que ora *dentro de ellos*. Es el Espíritu Santo quien ora dentro de ellos con gemidos indecibles. Él es su Intercesor y Consolador aquí en la tierra.

Por lo tanto, no hay nada que el pueblo de Dios tema más que perder a ese Espíritu. Esa fue la mayor preocupación de David cuando cayó en pecado. No solo había violado la santa ley de Dios, sino que también se había privado del gozo de la salvación. Esto le hizo clamar: “Señor, no quites

de mí Tu Espíritu. Sería justo, oh Dios, pero por favor, no me entregues a mí mismo”. En tales ocasiones, el pueblo de Dios puede incluso temer que el Espíritu Santo nunca haya venido a morar en sus corazones. “¿Seré yo un Saúl, un hipócrita, o un Agripa, un casi cristiano?” Temen haber ahuyentado al Espíritu y que nunca vuelva.

Sin embargo, donde el Espíritu Santo ha venido, nunca se apartará. ¡Oh, maravilla! Él morará en ellos para siempre. Puede, ciertamente, ser entristecido por el pecado y retirarse por un tiempo, pero nunca se apartará del pueblo de Dios. No permitirá que ellos se alejen; más bien, los traerá de vuelta por un camino de contrición de corazón y arrepentimiento sincero. Recuérdense: el Señor no pasa por alto el pecado en la vida de Su pueblo. Si pretendemos conocer la vida de gracia pero somos indiferentes al pecado, nos engañamos a nosotros mismos. Si nos hemos *hecho* culpables y no queremos *confesar* esa culpa delante de Dios y de los hombres, estamos en un camino equivocado, sin importar lo que pensemos de nosotros mismos. ¡Oh, cuando el Señor atrae a Su pueblo por primera vez o nuevamente, no ignora el pecado, sino que les hace sentirlo! Entonces se responsabilizan por su transgresión, y oímos a David clamar en el Salmo 51: “*Contra ti, Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos*” (Salmo 51:4). Ese mismo clamor evidenció que el Espíritu no se había apartado de David. De hecho, nunca se aparta del pueblo de Dios.

Nuestro Catecismo dice: “viene a morar en mí para que ... *quede conmigo eternamente.*” El Espíritu Santo ha venido a morar en el corazón de un pecador, y ese corazón será Su morada para siempre. ¿No es eso una maravilla? Alguien podría decir: “Sería una maravilla tan grande si yo fuera convertido”. ¡Es correcto, eso sería, en verdad, una maravilla! Sin embargo, en la vida del pueblo de Dios hay una aún mayor: ¡el Señor no se aparta de ellos! Cuanto más avanzan en el camino de la gracia, mayor se vuelve esa maravilla. ¡Oh, que Él nunca se canse de ellos, que nunca los eche fuera! ¡Que no solo los haya tomado, sino que también les sea fiel!

Alguna vez existió una casa en los Países Bajos que llevaba un letrero peculiar en su pared exterior. Esa casa, ubicada en uno de los barrios más pobres de Ámsterdam, ya no era apta para ser habitada. Las autoridades habían colocado un letrero en ella, declarando que la vivienda ya no era habitable. Sin embargo, algunas personas se mudaron a esa casa, quitaron el letrero y colocaron otro diferente, que decía que la casa sí estaba habitada, aunque nadie podía explicar cómo ni por qué. Humanamente hablando, era imposible vivir allí, y, sin embargo, así era. Se habitaba de una manera maravillosa, de una manera que nadie podía explicar.

¿No se aplica eso a todos los hijos de Dios en un sentido espiritual? Un Dios santo ha declarado que su corazón ya no es habitable. Es sucio y está arruinado debido a su profunda caída en el Paraíso. Sin embargo, una maravilla ha sucedido por causa de Jesús. Una Persona divina se ha mudado a esa casa. Es el Espíritu Santo quien ha elegido ese corazón para ser Su morada. Lo ha limpiado con la sangre de Cristo y ha hecho de él Su trono. Nadie puede entenderlo, nadie puede

explicar cómo es posible; ni aquellos que son extraños a la gracia ni, mucho menos, el mismo pueblo de Dios. Oh, en verdad, ellos requerirán una eternidad para maravillarse de ello y cantar las alabanzas de un Dios trino. El Espíritu Santo ha venido a ellos y nunca los abandona. Pueden caer en el pecado, en pecado grave, pero no pueden perder a ese Espíritu que mora dentro de ellos. Él siempre los sostendrá. Ese es el consuelo de Su obra.

Congregación, ¡cuán feliz es el pueblo de Dios! ¡Y cuán pobre, cuán inexpresablemente pobre es aquel que no tiene nada de ese Espíritu! Puede que tenga una abundancia de bienes materiales aquí en la tierra, pero, al final, lo perderá todo. Incluso tendrá que separarse de sus familiares y amigos. Pero todo aquel que ha recibido el Espíritu Santo nunca lo perderá. Ese Espíritu permanece para siempre. Él hace a los hijos de Dios participantes de Cristo, los consuela y mora con ellos por toda la eternidad. Oh, no descansen hasta que pueda conocer esto por usted mismo con una base sólida y pueda repetir las palabras de nuestro Catecismo de Heidelberg: “me consuele y quede conmigo eternamente”.

Pueblo de Dios, no contristen al Espíritu con pecado o incredulidad. Que su andar sea en el temor de Dios, alejados del pecado, con temor de ustedes mismos y cercanos al Señor. Pidan más conocimiento de Dios y de ustedes mismos. El apóstol Pedro dice: *“Mas creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* (2 Pedro 3:18). Que haya un santo anhelo por su morada celestial, por la casa del Padre con sus muchas moradas. Es la promesa firme de su Rey: *“Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis”* (Juan 14:1-2). ¡Oh, hijos, Él no descansará hasta que estén allí para magnificar al Padre y al Hijo, junto con el Espíritu Santo, ese amado Espíritu que ha venido a morar en sus corazones y permanecer allí para siempre! Amén.

Salterio 204:2,4